

**Por favor envíen todas las
comunicaciones a:**

PO Box 459
Grand Central Station
Nueva York, NY 10163, EE. UU.
Fax: +1 212 870 3003

6.12.2026

Estimadas amigas y amigos:

Mi nombre es Tom Ivester y no soy alcohólico. Tengo el enorme privilegio y honor de prestar servicio como custodio clase A en la Junta de Servicios Generales de Alcohólicos Anónimos. De hecho, este año tuve mi primera Conferencia de Servicios Generales, así que siento que por fin me gradué de la parte de orientación a la parte de la estructura y la labor del servicio de AA.

Aunque haya intentado encontrar formas creativas de convertirme en miembro de AA, obviamente no lo soy, pero siento que pertenezco. Incluso siento que tengo un grupo base en Southern Pines, Carolina del Norte, aunque hace mucho que no voy. Junto con ese sentido de pertenencia, también siento una gran responsabilidad hacia esta Comunidad maravillosa. Es que miren, yo soy fruto de este programa, así que, de una manera un poco retorcida, soy hijo de todos ustedes, y sucedió gracias a lo que la Comunidad le dio a mi padre, que fue la sobriedad, y no solo eso, sino una vida —una vida maravillosa—. Llegó a AA estando detrás de los muros de la Penitenciaría del Estado de Michigan como el ser humano más roto y arruinado. Sin embargo, el hombre que emergió de todo eso vivió una vida de profundo compromiso con el servicio, no solo en AA, sino en todos los aspectos de su vida, y contribuyó mucho a la comunidad y en muchos otros ámbitos; yo no podría haber pedido un mejor ejemplo a seguir. Perdimos a mi padre hace tres años y, en ese momento, llevaba 65 años de sobriedad. A lo largo de esos años, las bases espirituales de Alcohólicos Anónimos moldearon por completo sus valores y cómo los vivía. Nunca se rindió en su compromiso con el servicio, formal e informal, y eso dejó una marca imborrable en mi hermana y en mí.

Mi padre no era muy efusivo ni abierto a hablar de cosas personales ni con mi hermana ni conmigo. En vez de eso, cuando éramos más chicos, lo pudimos conocer por medio de esta Comunidad. Lo observábamos detenidamente cuando interactuaba con otras personas y escuchábamos sus presentaciones con atención. Cuanto más aprendía, más quería saber. Leí el Libro Grande por primera vez cuando tenía unos diez u once años, cuando lo arranqué de la biblioteca de mi papá la noche que escuché su historia por primera vez. Devoraba folletos cada vez que podía (por suerte, ¡ninguno de mis amigos de once años descubrió esta extraña biblioteca que ocultaba en mi mesa de luz!). Claro que no conectaba la literatura que consumía (o el café y las galletas) con la canasta que

se pasaba en todas las reuniones. Sin embargo, al poco tiempo, conocería la Séptima Tradición.

Ahora bien, no quiero exagerar, pero realmente le debo mi vida a este programa. Sin este programa, no existiría ni tampoco existiría mi familia. La vida que tengo es mucho más rica gracias a los principios espirituales que me inculcaron porque mi padre vivía este programa en su totalidad. Así que espero que puedan comprender mi frustración ocasional con esa tradición en particular que me prohibía contribuir a AA. «¿Qué clase de organización es esta? —nos quejábamos— ¿No necesitan nuestro dinero? ¿No les debemos nada?». Exploré todos los tecnicismos. ¿Qué pasa si enviamos dinero de forma anónima? No. ¿Podrías legar parte de tu patrimonio? No. ¿Puedo meter un poco de dinero en la canasta a escondidas? No. (Bueno, de vez en cuando, mi padre nos daba uno o dos dólares para que pongamos en la canasta de su parte). Me había resignado a la idea de que nuestra familia era una beneficiaria perpetua de Alcohólicos Anónimos y que no había nada que pudiera contribuir, hasta que un par de miembros se comunicaron conmigo y me informaron sobre la oportunidad de prestar servicio como custodio clase A. Como era básicamente un ignorante de la estructura de servicio de AA, ¡no tenía idea de que existía algo así! Cuando me enteré de su existencia, la verdad es que no tuve otra opción más que postularme al puesto. El momento no era el ideal debido a otras circunstancias de mi vida y mi carrera, pero siento que sucedió ahora porque tenía que ser así.

El aprendizaje ha sido muy duro; como médico y líder experimentado en el campo de la salud, he sido parte de varias juntas corporativas y de organizaciones sin fines de lucro, pero ¡ninguna estructura organizativa se parece a esta! Leí el manual de servicio, asistí a reuniones de la junta, participé en comités y subcomités, leí el Libro Grande, vi videos y leí folletos. El «triángulo invertido» no tenía sentido —al menos no del todo— hasta que fui a mi primera Conferencia de Servicios Generales. En la conferencia, algo «hizo clic» y toda la estructura cobró vida. ¿Tiene perfecto sentido para mí? No, pero la entiendo y no querría cambiarla por nada; y hay algunos elementos que creo que otras juntas, e incluso tal vez la sociedad, deberían adoptar. Fue fantástico ver las voces de la Comunidad canalizadas y amplificadas en la conferencia, la adherencia inalterable a los principios espirituales y a nuestro objetivo primordial y la expresión de la unanimidad sustancial. Fue reconfortante, frustrante, inspirador, agotador y significativo, todo a la vez; pero lo que recordaré por siempre fue la belleza de ver todo eso en conjunto y el amor por los demás y por AA.

Luego de reflexionar sobre este año de aprendizaje y de pensar en los años de servicio que me quedan por delante, tengo grandes ambiciones que espero que podamos lograr como Junta de Servicios Generales y con mis pequeños aportes; hay muchísima gente allí afuera que necesita esta Comunidad desesperadamente, pero que aún no la han encontrado. También siento el peso de nuestro papel fundamental de administradores de recursos muy finitos y valiosos, y sé de primera mano que los demás servidores de confianza y cada miembro de la Oficina de Servicios Generales también lo sienten; y esto

se expresa plenamente en la cuidadosa disciplina, el muy arduo trabajo y la firme adherencia a nuestro objetivo primordial con el que encaran sus funciones. Sé que mis ambiciones tienen que moderarse para adecuarse a la realidad de nuestros recursos, pero de todos modos estoy muy entusiasmado por todo lo que lograremos juntos en el servicio.

Antes de terminar, espero que toleren un breve cambio de tema en el que se cruzan mi cerebro profesional y el de servicio. En el trabajo, muchas veces dependo de análisis para ayudarme a tomar decisiones importantes. Una métrica habitual que utilizamos en el contexto de inversiones clave es el ROI (retorno de la inversión), que mide si una inversión tendrá como resultado un cierto nivel de beneficio para los pacientes o un margen financiero para la organización. En lo ideal, se consiguen los dos. Lo que sucedió es que, mientras reflexionaba sobre la experiencia de mi padre y mi familia en la recuperación y sobre cómo se traduce en la Comunidad, terminé analizando el ROI de nuestras estructuras de servicio y de AA en su totalidad, y creo que la mayoría de las personas no están viendo lo que sucede.

Bueno, aquí les pido un poco de paciencia, pues el punto al que quiero llegar quizás sea un poco complicado, aunque debería estar en la dirección correcta. Mi intención no es darle un valor en dólares a la vida, pero algunas entidades lo hacen. De esta forma, determinan el umbral de inversión para un nuevo dispositivo de seguridad, norma o intervención médica. Una medida que se usa con frecuencia es el costo por año de vida ajustado por la calidad (cada año adicional de buena calidad de vida), que en promedio es de \$100,000 por año. Si tomamos a mi padre como ejemplo, no tengo dudas de que él acumuló por lo menos más de 60 años adicionales de buena calidad de vida como resultado directo de esta Comunidad. Incluso la matemática más simple muestra un retorno de inversión sólido. Dado que él probablemente haya estado en el extremo más grave del espectro, no podemos aplicar el impacto que tuvo en él a toda la Comunidad, pero supongamos que AA tiene un impacto sustancial en la vida de 20 % de sus miembros (400,000) y que ellos alcanzan, en promedio, siete años adicionales de buena calidad de vida. Esto daría un valor total de **\$280,000,000,000**. La Junta de Servicios Generales recibe alrededor de \$11,000,000 en concepto de contribuciones al año. Si hacemos un poco de matemática inversa, se podría calcular que las contribuciones aproximadas de toda la Comunidad (grupos, distritos, áreas, OSG) son de unos \$175,000,000. El ROI resultante se multiplica por 1,600, es decir, que tiene un valor de \$1,600 por cada dólar contribuido; no conozco ninguna otra organización que tenga este nivel de impacto.

De todas formas, al final, no hay una cantidad de dólares que le pueda asignar al impacto que tuvo AA en mi familia, porque ha sido invaluable. No hay dudas de que lo mismo les pasa a muchas otras personas. Mi padre recibió alegría, que logró gracias a un profundo sentido del propósito y un verdadero sentido de pertenencia, una vida de servicio y aportaciones significativas. Esto no puede medirse ni pagarse, pero se puede transmitir y yo espero poder ayudar de esa manera.

Para cerrar, no puedo expresar como corresponde la enorme gratitud que siento por tener la oportunidad increíble de servir a Alcohólicos Anónimos. Es uno de los honores más grandes. No puedo darles mi billetera (aunque lo haría con gusto), pero tienen mi corazón y mi mente. Si bien sé que mis contribuciones serán pequeñas en términos del panorama general, espero que aprovechen mi capacidad y mis habilidades al máximo durante el breve período que prestaré servicio. Y de eso, estoy muy agradecido.

Tom Ivester